

Mi padre

Blanca Ivonne Carrasco Rodríguez

Mi padre fue el mayor de siete hermanos y desde niño demostró un fuerte sentido de responsabilidad, ya que mi abuelo murió a los 41 años, cuando mi padre sólo tenía ocho.



Mi abuelita se volvió a casar dos años después, su nuevo esposo, el padrastro de mi papá, era un hombre de mucha visión para los negocios pero con un terrible defecto: fue alcohólico, por lo que esta etapa de la vida de mi padre fue de carencias, sufrimiento y dolor.

Cuando su madre se separó del segundo esposo, mi padre pasó a ser la cabeza de la familia y se fue a trabajar a Veracruz; enviaba todo su sueldo, sólo se quedaba con una pequeña parte para sobrevivir, así mantuvo a sus hermanos hasta que estos pudieron trabajar, y a su madre hasta que ella murió muchos años después.

El paso del tiempo ha dejado huella en mi padre: su espléndida cabellera ahora parece plateada por la abundancia de canas que le dan un aire distinguido; se ha encorvado un poco y su caminar es lento, pero sigue conservando ese maravilloso sentido del humor, que desconcierta a quien no lo conoce bien, pues su apariencia es de seriedad y formalidad.

Hay muchas cualidades en él que despiertan mi admiración: es muy honesto, trabajador y bondadoso, especialmente paciente y cariñoso con los niños; no es muy dado a asistir a misa, pero en sus ojos se refleja la sabiduría de un ser que ha sabido vivir y servir a los demás de acuerdo a la ley de Dios.

En 1983, cuando confirmé que estaba embarazada y no pensaba casarme, me sentí tan avergonzada que no encontraba el momento oportuno para confiarle mi situación, al fin me animé



y lo hice entre lágrimas; él sólo me preguntó ¿cuánto tiempo tienes de embarazo? A lo que respondí: tres meses. Entonces me dijo: ¡Cómo eres tonta hija! ¿Por qué no has aprendido a confiar en nosotros? ¿Para qué esperar tres meses con la angustia y zozobra antes de compartir la noticia con nosotros, tu familia? ¿Qué no sabes que te queremos?

Y así, sencillamente, con este enorme acto de amor, me aceptó y me apoyó cuando más lo necesitaba.

En noviembre de 1990, a mi único hermano varón, el más chico de la familia, que entonces tenía 17 años de edad, le diagnosticaron cáncer en los ganglios, (linfoma de Hodkins). Ha sido la única vez que he visto a mi padre a punto de desmoronarse: en infinidad de ocasiones lo sorprendí en el trabajo con la mirada perdida, volteando su rostro hacia la única ventana de su oficina, que de “paisaje” tenía una deprimente gasolinera, y silenciosamente se le rodaban las lágrimas.

Cuando reaccionó, empezó a trabajar frenéticamente, a marchas forzadas, sin descanso, saturándose de contabilidades para poder solventar los gastos de la quimioterapia que recibió mi hermano de médico particular, pues no escatimó esfuerzos para que tuviera la mejor atención. Hubo momentos en que sólo se tuvo la opción del IMSS pero con tan mala suerte que lo atendieron médicos fríos e indiferentes, entonces mi hermano empezó a decaer moralmente y mi padre se endeudó para continuar pagando al médico particular en quien mi hermano tenía depositada toda su confianza. Durante tres años vivimos con el temor y la incertidumbre de no saber si mi hermano sobreviviría. Al fin, por voluntad de Dios, lo dieron de alta en 1993.

Muchos años después, me enteré que mi padre seguía pagando aquellas deudas y me prohibió que lo comentara en la familia, pues mi hermano estaba recién casado y podría incomodarlo. Su capacidad de servicio y de sacrificio ha sido enorme. Así es mi adorado padre.